



El desafío de escribir desde una mirada distinta

Entrevista con Juan Carlos Cortázar

entrevista *Crónicas de la Diversidad*

fotos *Francisco Javier González*

Juan Carlos Cortázar. Lima, 1964. Sociólogo de la PUCP con estudios de doctorado en Londres. Hizo la carrera de escritura narrativa en Casa de Letras, Buenos Aires, y el Diplomado en escritura creativa de la Universidad Diego Portales, Santiago de Chile. Ha publicado las novelas *Tantos angelitos* (Buenos Aires: Ediciones Deldragón, 2012) y *Cuando los hijos duermen* (Lima: Animal de invierno, 2016; Santiago de Chile: Los perros románticos, 2018), así como los libros de cuentos *Animales peligrosos* (Buenos Aires: Milena Caserola, 2014), *La embriaguez de Noé* (Santiago de Chile: Luna de Sangre, 2016) y *El inmenso desvío* (Lima: Animal de invierno, 2018). Vive en Santiago de Chile.

Conversó con *Crónicas de la Diversidad* sobre su próxima novela *Como si nos tuvieran miedo* a ser próximamente publicada por Animal de Invierno.

Cuéntanos de qué trata la novela, en

dónde se ambienta, quiénes son los personajes principales.

En esta novela tres personajes coinciden en Melgar, un pueblo joven en el Callao, de los que se llamaban *de desplazados*, es decir, de personas y familias que venían huyendo de la violencia política, pues la historia tiene lugar en 1992, un año muy particular en lo que fue la guerra interna. Coinciden ahí Angie, mujer transexual que viene huyendo de Tarapoto, y Miluska, un personaje más difícil de clasificar, que luego de estar en la sierra central se recluye ahí y que junto a Miluska pone una peluquería. Leoncio, el tercer personaje, es un joven que comienza a vivir en Melgar por razones distintas, no huyendo digamos, y termina vinculado con ellas. Las maneras en que la agresión y la violencia persiguen de manera feroz y cotidiana a las personas que violan una clasificación hetero normativa y binaria del género, ese creo que es el eje que atraviesa a la novela, en el escenario de la violencia (que no fue entonces solo



***El inmenso desvío* obtuvo una mención especial del Ministerio de Cultura en el marco del Premio Nacional de Literatura.**



política) que vivimos en los años ochenta y noventa. El miedo, el terror ya no solo a la diferencia, sino a la ambigüedad sexual y de género (ese que ante una persona trans o no binaria nos hace casi siempre preguntarnos: *¿qué es?*), es el hilo que, desde la mirada de estos personajes, quiero seguir en la novela. Por eso el título, *Como si nos tuvieran miedo*, que es una frase que tomo de la maravillosa novela de José Donoso, *El lugar sin límites*.

¿Cómo construiste la novela?

El interés me nació hace cuatro años, cuando me cuestioné haber escrito casi siempre desde una mirada similar a la mía, un hombre cisgénero homosexual, y me propuse el desafío de escribir desde una mirada distinta a la mía. Ya la mirada trans me interesaba desde que publiqué un libro de cuentos (*Animales peligrosos*) en Buenos Aires, el 2014, que tenía un cuento con un personaje (Angie) transexual. Lecturas como *Salón de Belleza*, de Bellatín, y *La virgen cabeza*, de Gabriela Cabezón Cámara, me habían resultado muy atractivas por la complejidad y registro de la mirada trans. En su dureza, las disfruté muchísimo justamente por lo cuestionador de la mirada trans. Es que en el mundo machista y patriarcal en que vivimos, la identidad trans, las personas trans, ya solo por existir son disidentes: su existencia es cuestionadora, hace surgir preguntas (lo que es bueno) y miedos, y de ahí, lamentablemente, mucha agresividad también. Y bueno, tomé este personaje Angie, que también terminó apareciendo en uno de los cuentos de *El inmenso desvío*, que en ese momento estaba terminando de corregir para ser publicado en Lima, y decidí seguirle la pista. En ese tiempo ocurrieron dos cosas que también influyeron en la conformación del proyecto de escritura. La primera, la matanza ocurrida en la disco gay Orlando de Miami (y de ahí surgió el nombre de la peluquería: Orlando) y encontrarme en internet unas notas periodísticas de

Gio Infante (aprovecho: qué dolor su partida), sobre cómo la violencia política de los ochenta y noventa también cobró víctimas LGBTQ, y no solo desde el lado de la represión del Estado, sino de manera bastante consistente en manos de los movimientos subversivos. Como la experiencia de la guerra ha sido crucial en mi experiencia personal (viví desde los 16 hasta más de 30 en ese contexto, desde terminar el colegio hasta ser un hombre casado), me motivaron mucho las notas de Gio. Y por uno de los links encontré también el avance de *El pecado social*, un largometraje que está filmando Juan Carlos Goicochea sobre la matanza de homosexuales en Tarapoto el año 1991. Y todo eso, mezclado con el interés que hace tiempo tengo por escudriñar con la escritura en el mundo de las militancias duras, de todo eso nació el proyecto de novela.

¿Cómo ha sido tu acercamiento al mundo trans?

A diferencia del mundo lésbico, el mundo trans (en su sentido más amplio: travesti, transexual, transgénero, no binario incluso) está bastante presente en el mundo homosexual, aunque sea solo porque en las discos y bares gay actúan travestis, que van también como clientes. Con eso quiero decir que algún acercamiento mínimo tenía, eso además de tener un amigo artista en Chile, cuando lo conocí estaba más en una opción de travestismo y después ya claramente transgénero, con quien conversé hartito. Por supuesto, eso no bastaba para poder sintonizar en alguna medida con una mirada trans, así que entrevisté algunas personas trans en Lima, peluqueras en su mayoría, en distritos como San Martín de Porres y Ate. En Chile, donde vivo, conversé con mi amigo artista y con una conocida transgénero que en ese momento era concejal en una comuna popular de Santiago. Además, conocí una pareja de chicos que practicaban BDSM en Santiago, en la cual uno de ellos es un chico trans. Todas estas

larguísimas conversaciones me abrieron mucho la cabeza, porque es increíble cómo desde el mundo cisgénero tenemos mil malentendidos, fantasías torpes y prejuicios sobre la experiencia de vida trans o no binaria. Es muy probable que la mirada que pongo en mis personajes no haga justicia a la increíble versatilidad, maleabilidad y disidencia de las miradas trans, pero en fin, creo que intentarlo al menos me hizo crecer como persona.

¿No temes caer en el estereotipo?

Cuando se crea cualquier personaje existe siempre el riesgo del estereotipo, es decir, de reducirlo a ser expresión de una sola idea o inquietud, a reducirlo a líneas simples. Pero en el caso de personajes trans, y particularmente en el caso de Angie (porque Miluska tiene unas características que la hacen diferente, más ambigua), el riesgo pareciera mayor, pues es fácil reducir al personaje a la búsqueda obsesiva de una femineidad ideal (y hetero normada en ese sentido), perfecta, a la búsqueda del canon social de belleza femenina. Y si, ser peluquera, constantemente afianzar y mostrar su femineidad en ropa y expresión, todo eso parece colaborar al estereotipo. Durante la escritura de la novela me planteé el problema, el temor a estar haciendo eso. Y ocurrieron algunas cosas que me llevaron a decidir enfrentar el problema de frente, más que a obviarlo o esquivarlo por otras vías (haciendo que la historia no ocurriera en una peluquería, o buscando personajes «más alternativos», por ejemplo). Lo primero fue releer *Salón de Belleza*. No se puede negar que la narradora-personaje de esa novela responde al estereotipo de la peluquera trans centrada en su femineidad, exagerándola incluso, pero la genialidad de Bellatin está en que es *a partir* de esa expresión estereotipada que su escritura hurga, se mete en la interioridad compleja del personaje, que resulta ser no solo de una humanidad impresionante, sino incluso heroica. El desafío de ir más allá del estereotipo sin eludirlo me pareció

interesante, pese a que mi personaje, Angie, no es heroico como el de Bellatin, ...aunque en realidad, y pensándolo bien, vivir abiertamente como mujer trans en el Tarapoto y el Callao de 1992 era ya bastante heroico... Lo segundo que hice fue revisar estadísticas, e incluso las más antiguas que hallé, posteriores al 2000, indicaban que para la gran mayoría de mujeres trans la peluquería y la prostitución eran las principales alternativas de vida e ingreso. Si eso era así después del 2000, imaginémos un pueblo joven de 1992. Personajes trans muy distantes de esa realidad hubieran resultado no solo poco verosímiles, sino que pondrían el foco en posibilidades y situaciones que no eran lo que me interesaba mirar. Y en tercer lugar, las conversaciones que tuve con personas trans me hicieron entrever que, quizás, para personas que desde la infancia han luchado día a día contra las restricciones que la sociedad impone a sus aspiraciones y fantasías, aferrarse a un modelo de femineidad (o de masculinidad, en el caso inverso), literalmente copiarlo, es parte de los mecanismos de autoafirmación de una identidad contracorriente. En el caso de mi personaje, ese modelo a imitar es —casi no podía ser otro— Lucha Reyes. Puede que para quienes no tuvimos que luchar así (y con esto no me refiero a luchar por una orientación sexual diferente, sino claramente a la pelea por una identidad sexual y de género distinta a la asignada), esta manera de vivir nos suene «estereotipada», «exagerada», o «mucha pluma» como se dice, pero creo que detrás de ello hay estrategias de sobrevivencia y lucha. Intuyo que tras el acomodamiento al modelo de femineidad hetero normado se esconden también disidencias interesantes y reales. No solo Bellatin ha explorado esta experiencia, creo que Lemebel y Cabezón Cámara también lo han hecho. Para decirlo en sencillo: tras la crítica del «estereotipo», tras el rechazo del «disfuerzo» femenino de las mujeres travas o trans (un tipo de desprecio muy extendido en el

mundo gay, por cierto), escondemos también temores ante la ambigüedad y lo femenino. Y bueno, con todo esto en mente, me he arriesgado a atravesar la novela con este personaje tal vez «estereotipado», a ver si logro ir más allá de eso y profundizar en su humanidad y complejidad. Claro, no escribo como Bellatin ni de lejos, así que no sé si lo habré logrado.

¿Qué personaje trans de literatura te atraen? ¿Qué autores que han escrito sobre personajes trans te inspiran, en el Perú y afuera?

Además de Bellatin, considerando una mirada amplia de lo trans, que incida en la ambigüedad con relación al modelo binario heteronormativo, hay varios textos que me han llamado la atención. *La virgen cabeza*, de Gabriela Cabezón Cámara, con ese delicioso personaje que es Cleopatra. *Serena Selena vestida de pena*, de Mayra Santos-Febres. *Soy lo que quieras llamarme*, de Gabriel Dalla. Las tantas locas que pueblan los textos de Copi y los de Lemebel. Una que leí recientemente, que me gustó mucho, es *Heroína: la guerra gaucha*, de Nicolás Correa. Y bueno, está el clásico *Orlando*, de Virginia Woolf, una real joya sobre la complejidad del ir y venir de las identidades de género. De autores peruanos está el apenas esbozado, pero intenso Rosita de *El Sexto*, de Arguedas, y de Mirko Lauer tenemos *Secretos inútiles*, con el personaje central travestido. El cuento de Sergio Galarza, *Matacabros*, donde el personaje es la Lucy. Sé que Javier Ponce y Enrique Planas tienen también textos con personajes trans, aunque aún están en mi mesa de lecturas pendientes. En particular me impresiona la hondura con que Arguedas capta el nervio de una identidad como la de Rosita con apenas unas pocas líneas: «Ella es pues mujer. El mundo lo ha hecho así», le explican a Gabriel (el personaje central de *El Sexto*) cuando la escucha cantar. Esa ambivalencia de los pronombres (ella..., lo...), eso es de lo más interesante, y en la novela me ha tocado

hacer lo mismo, ir y venir con el género de nombres y pronombres, lo que crea un efecto de ambigüedad y tensiona el lenguaje.

¿Cómo está la situación trans en Chile, estás al tanto de los avances en Argentina? ¿Cómo podemos en el Perú llegar a algo así? ¿Cuáles son las principales dificultades para llegar a ello?

Tanto la Argentina como Chile tienen ya leyes de identidad de género, cosa que en el Perú es como pedir un viaje a Venus. Normas que establecen penas más severas a los crímenes de odio, de los cuales las personas trans son víctimas con mucha frecuencia, eso también hay en ambos países. Hay dificultades y limitaciones para efectivizar dichas normas en políticas, pero en eso algún avance hay, sobre todo en la Argentina. Y las normas, al menos eso, existen. En el Perú la agenda de leyes y políticas para defender los derechos LGBTQ en general y de la población trans en particular, está muy atrasada. Creo que ha sido un avance que hayamos tenido candidatos visiblemente trans en las últimas elecciones, pero el miedo, la ignorancia y el conservadurismo siguen siendo lo más usual. El miedo que la ambigüedad sexual y de género despiertan, el temblor que generan al cuestionar el ordenado edificio binario del género en el que nos han criado, creo que esa es la raíz fundamental de reacciones violentas y segregadoras que aún son lo «normal» en el Perú. Y es una agresividad aterrorizada que viene tanto de conservadurismos de derecha como de izquierda. Y en eso, espero, la novela puede ayudarnos a no olvidar que del lado de quienes pregonan liberaciones y hablan de igualdad también hay raíces y manifestaciones claramente trans, homo y lesbo fóbicas. Una realidad que incluso en el gran esfuerzo que hizo la Comisión de la Verdad, quedó bastante invisibilizada. Y no debemos olvidar nunca que esos miedos, sin duda alguna, matan. 🗨️

Como si nos tuvieran miedo

Por Juan Carlos Cortázar

Fragmentos

Empuja la puerta con las palmas abiertas y abajo, atrapado contra el suelo, el papelito. Lo observa desde su altura, manchado de tierra y al lado de sus plataformas, doblado en cuatro. Se agacha con el cuidado que se tiene con los insectos, pero su mano duda, se resiste, y de pronto el corazón es un tambor hostil en sus oídos. Abre el mensaje con lentitud: no está escrito a máquina, menos mal, es letra corrida, la de la chica de la panadería. Casi arrodillada y con la nota en la mano, trata de apaciguar su respiración: ¿y qué me van a hacer?, así reaccionaba Paulette cuando arrugaba papelitos que le tiraban por debajo de la puerta; yo pago, puntualmente pago, ¿por qué me van a hacer algo a mí?, mal negocio sería para ellos, decía Paulette cerrándose a cualquier ruego. Papelitos mecanografiados, así eran siempre, la *a* y la *t* ondulaban las líneas al saltar por encima de las demás letras. *Elementos de mal vivir, rechazo del pueblo, delincuencia drogadicción homosexualismo prostitución, corromper a los jóvenes*, cosas así decían los papelitos. Y los volantes impresos a mimeógrafo, esparcidos por calles y parques. *Llamar a la población a denunciar a los delincuentes y antisociales que ponen en peligro la moral de la juventud. A las autoridades y dirigentes corruptos. Vámonos*, insistía Angie, vendemos todo y nos vamos lejos, bien lejos. Porque más y más cartas surgían bajo las puertas, de todas, de la suya también. *Enmendar y no seguir generando zozobra en el pueblo. Abandonar la ciudad, la región. Sufrir las consecuencias*. Y Paulette que no y que no: de aquí soy yo, nacida en Tarapoto; estos barbudos de afuera vienen, ¿por qué carajo me van a botar? Y hablaba de su ciudad, del Cumbaza y sus orillas, el cielo azul y el monte verde, de las cascadas a las que le gustaba ir. Por qué la jodían si estaba siempre puntual con el cupo, juntaba la plata los primeros días del mes —igual que hacen ellas ahora: reunir los billetes e ir donde el Chepenano, como si todo, en cualquier lugar, todo tuviera que repetirse y repetirse—, se la entregaba al compañero que pasaba cobrando a todos los negocios de la zona, aunque su salón, igual que el suyo, ellas debían pagar el doble o el triple, como si hubiera que perdonarles más que al resto. ¿Por qué no hiciste caso, Paulette? Ni siquiera después de lo de Las Orquídeas quiso oírlo: esas seguro que no pagaban y, bien taradas, a mostrarse iban, bailando como locas donde todo el mundo las podía ver; yo, si me divierto, lo hago en mi casa —meses ya que habían dejado de salir a fiestas, ir a los partidos de vóley, a las discotecas—. Pero no, el cupo no fue suficiente, no la protegió (*me hace falta tu mirada buena*, amiga) y ella con la justa alcanzó a mal vender todo en dos días y salir corriendo. Ni al cementerio fue.

Atraviesa los pasillos del mercado, la bolsa de compras todavía doblada bajo el brazo. Las miradas sobrevuelan insistentes, gallinazos que sin atreverse a aterrizar dan vueltas y vueltas sobre la presa. Los conoce de sobra, esos gestos. Cejas apretadas por la sorpresa

y la confusión, enarcadas en una muda pregunta a medias. Labios abiertos y redondos que dejan ver el hueco negro de la boca o, por el contrario, cerrados en una inquisitiva línea recta. Mandíbulas caídas o apretadas sobre los dientes. Las pupilas, aquellas que se abren en redondo para dar cabida a la extrañeza, las que se adelgazan sacándole filo al desprecio; otras que sin mover un músculo de la cara acompañan desde lejos sus pasos, o las que prefieren una ruta vertical y destazan sin vergüenza su imagen de arriba hacia abajo. Aunque el maquillaje sea escaso y el cabello corto, aunque no lleve encima ninguno de los vestidos de Angie, las caras y los cuerpos reaccionan. La señora del puesto de verduras baja los brazos y los apoya sobre su mesada como si necesitara sostén. La madre aprieta con más fuerza a la criatura que lleva contra su pecho. El cargador se distrae de sus bultos y, ese sí, encara dejando salir una sonrisa sesgada. El mariconcito del puesto de pollos es el único que le guiña un ojo y saluda. Los chibolos, esos que acaban de comprar sus maricanos de fruta, abren grandes los ojos, entre manotazos ríen y se codean con fuerza al verla. Tensión alrededor suyo, acumulándose, un rescoldo vivo que podría encender la mecha mientras sus dedos de uñas pintadas eligen dos manzanas, una papaya, arvejas y vainitas, medio kilo de arroz, papa, dos ajíes amarillos. No la insultan, al menos no con palabras que puedan oírse como hacen con Angie: quienes la ven tropiezan con el hombre que está ahí debajo, subrepticio, emboscado, el hombre que todavía está y que seguirá estando o jamás se irá. Y ese sí sabe pelear, con las manos, con un palo, con el cuchillo del carnicero.

Ha aprendido. Un año y medio que vino a vivir a Melgar, un año y medio con el Miluska encima, ya ningún gesto es novedad. No trenzarse con las miradas, pasar rígida entre los que la esquivan, ir por lo que ha ido a buscar y con medida indiferencia pedir, discutir precios, pagar. El temblor no se le nota, pero está. Antes, sus mandos lo enviaban a pasearse frente a comisarías y cuarteles, a observar en detalle, contar hombres y memorizar armas, si ya estaban borrachos. Y ahí también: fingir indiferencia, no temblar, ir directo a lo que se tenía que hacer.

Con la bolsa llena regresa por Progreso —bocinas de combis y rumor de motos, la indiferente neutralidad del ruido la tranquiliza—, va con los hombros y la nuca tiesos, las piernas resentidas: ni que la hubieran agarrado a palazos u obligado a correr cuesta arriba por una quebrada. El ruido de un avión le hace mirar hacia el cielo nublado. Van y vienen los aviones, el aeropuerto está tan cerca. La gente se va del Perú, los pitucos huyen a Miami, a Venezuela, bien asustados se van. Él, de alguna manera, él también se fue, del Mantaro primero y de la selva de Ayacucho después, dejó atrás las caminatas y emboscadas por las alturas de Huancavelica, los enfrentamientos en el valle del Ene. Y ahora, si pudiera irse más lejos que Melgar todavía, en un avión, más lejos y más definitivamente, a un lugar donde las miradas no sean peñascazos cayéndole encima siempre.

Los primeros pasos en cuanto termina de atravesar el puente de maderas, apenas dos o tres pasos que le bastan para darse cuenta: algo raro hay en el suelo que pisa. No podría decir qué con exactitud, pero algo raro hay. En la media luz del amanecer logra ver un menjunje compacto de cosas despedazadas, sucias y revueltas con tierra, el entrevero variopinto de cartones, astillas y escombros, plásticos machucados, restos pringosos —podrían haber sido comida—, envolturas y hasta animales pequeños, ratones y pájaros. Lo más desconcertante, eso que sus pies advierten con insistencia, es la imprevista blandura del suelo, la elasticidad en la que sus zapatillas parecen hundirse levemente, rebotar. Se

detiene y mira hacia atrás, se agacha: ahí donde ha pisado el terreno sigue intacto, liso, como si en apenas un instante la mugre hubiera absorbido sus huellas.

Avanza unos metros más, torpe y lento, como debe haber caminado el primer hombre sobre la luna. Y sí —se detiene y gira despacio, mira en redondo—, algo de paisaje lunar tiene esa pampa, de planeta arrasado o al borde de la destrucción: la planicie da hasta quién sabe dónde, hasta las faldas de los cerros pelados del fondo, columnas de humo todavía más grises que el cielo emergen desde dentro mismo del suelo que pisa, suaves lomas de basura demarcan el camino por el que avanza, una especie de trocha antojadiza que debe ser resultado del deambular de los muchos hombres, mujeres y niños que sabe dios desde cuándo van y vienen por el Puente Viejo —así le dicen, Leoncio se enteró recién: este es apenas su segundo día en Melgar—, gente que se interna en esa pampa para agacharse sobre montones de basura, hundir manos y brazos y edificar otros montículos de menor tamaño, uno de cartones y otro de plásticos, frascos transparentes en su mayoría, otros dos de botellas de vidrio y latas, gente que escarba con pericia, a veces observando de cerca o limpiando con el borde del polo o contra el muslo, que tira hacia cualquier lado las cosas que no corresponden a los montoncitos que supervisan con recelo, cuidándose de los que trabajan por ahí cerca, atentos a que nadie se apropie de alguna botella o cartón que ya sea de su cosecha.

Leoncio observa a los que trabajan: mocos sobre labios resecos de los niños, colas de cabello pajizo de las mujeres, cabezas rapadas de muchos de los hombres. Salvo de reojo las caras no lo miran, persisten agachadas sin desviarse de la tarea de escarbar, decidir que vale la pena, vigilar. Palabras sueltas, indicaciones y algún que otro insulto, nadie grita, todo se dice entre susurros. Leoncio avanza y sus pies le advierten de algo más, ya no es solo la extraña blandura del suelo sino que ahí, al lado del río —tan poca agua que trae el Rímac—, que esa mezcla de desperdicios y tierra está ardiendo por dentro. Ya no detiene su caminata intrigado por lo que ve ni mira hacia los cerros donde el basural parece perderse: sus plantas se arquean por el calor inesperado y le exigen avanzar, dar un paso más, otro. ¿Cómo resiste esta gente? La pampa hierve, cortinas de humo escapan de entre sus grietas, el aire es una neblina opaca, los ojos irritados. Y en medio de la humareda un grupo, una familia —dos niñas, el hombre, la mujer—, sacan pocillos de plástico de una bolsa y ahí, sin perder de vista lo ya escarbado, ahí mismo niñas, hombre y mujer, todos comen. Tallarines grasosos, un revuelto de tripas grises en medio del humo y las moscas: la arcada sobreviene a Leoncio desde muy adentro y sin que pueda hacer nada, esforzarse por contenerla y mirar hacia otro lado, nada más. Pero sus pies le obligan a moverse pronto: debajo suyo y de esa gente algo arde y se consume, algo que no puede ser otra cosa más que basura, de días, semanas, la de meses atrás, quemada al final de cada jornada porque no hay donde tirarla, vieja basura ardiendo debajo de esa pampa que cada madrugada renueva su costra y la ofrece a los pobladores de Melgar.

Se esfuerza por comprender, por tratar de explicarse esa pampa que le estremece: cómo se ha formado, hasta donde llega, por qué hay tanto orden entre los que la trabajan, cómo hacen para soportar el día entero. Arriba el cielo clarea hacia un plomo traslúcido y desalentado, a ras del suelo el humo no deja de espesar el aire. Unas cuantas aves sobrevuelan la escasa agua del río, Leoncio las sigue con la mirada: deberían ser gallinazos, por la basura, pero esas que dan vueltas sobre el agua y el puente son gaviotas; si habrán venido desde la desembocadura, volando desde el mar. Su blancura confunde, ajena a todo aquello que hay ahí abajo. Deja de mirar a las aves y a la distancia distingue un camión, aguza la vista en medio del humo y los ojos que arden: *Municipalidad de San Isidro*, el camión pintado de verde y amarillo. No es del Callao sino de lejos, del otro lado de la ciudad, del lado pituco de la ciudad. Un hombre baja de la cabina, discute con

un grupo de unas veinte personas, se escuchan palabras salteadas, dichas con firmeza, la gente que negocia y discute pero al final acepta. El hombre del camión manotea, elige diez o doce y hace una seña a otro que está al volante. La panza del camión se abre con un rugido y vomita basura. Los elegidos, escobas y rastrillos en mano, apurados por formar sus montículos y apartarlos de los que pertenecen a otros, aunque sus movimientos no son rápidos algo hay en ellos que revela la urgencia por comenzar a escarbar. El hombre que da las instrucciones lleva camisa celeste y pantalón azul, sobre la espalda letras y un símbolo, un escudo, una sigla que Leoncio no alcanza a leer. *El viejo Estado está carcomido en sus cimientos* —la frase le surge así, clara y precisa, como si viniera directo desde los apuntes que carga en su mochila, de la lectura y memorización que él y sus compañeros hicieron en la sesión de esa semana—, *el Estado que no cumple su papel se desprestigia ante las masas, se socava a sí mismo*. Sí, eso que tiene enfrente, la pampa ardiente, los montones de basura y deshechos clasificados, el humo y la gente encorvada con orden y disciplina, el poder del empleado municipal de celeste y azul, todo eso no es otra cosa que el viejo orden pudriéndose ahí frente a sus ojos, al alcance de su mano, resumido en una escena arrasadora y a la vez perfecta —el humo le impide remarcar con una aspiración profunda la emoción del instante—, ese orden que ineludiblemente van a aniquilar, del que esa gente que escarba, las masas que pueblan el Callao, Lima, el país entero, pronto van a ser liberadas.

